



# Gaspar Melchor y Baltasar

POR JOSE ANTONIO TORREBLANCA

PARA retener en los niños, todavía un año más, la dorada ilusión de la Epifanía, lo primero que necesitamos los hombres es reconocer seriamente como expedito y en franquía el camino de los Reyes Magos. La fe no tiene su virtud expansiva si no está segura de sí misma. Y para que nuestros hijos no releven la visita evangélica de los Reyes con el mito de papá Noel o la fantasmagoría del Santa Claus, preciso es que los padres estemos previamente de acuerdo en la libertad de comunicaciones, en la inmunidad soberana, en la respetabilidad diplomática de nuestros grandes legados de la juguetería.

Esta certidumbre española de que los mismos Magos de Oriente que dan cuerda al júbilo de la mañana de Reyes son aquellos que ofrecieron a Jesús Niño el oro, el incienso y la mirra, constituye ya en la infancia de la raza una razón indeleble de nuestro orgullo constitucional. El respeto al símbolo sagrado no desmerece con la idea general de que Melchor, Gaspar y Baltasar se conviertan en arrieros, transportistas y cosarios del caballo de cartón solicitado por el hijo de la portera, después de la sublime presentación de credenciales ante Dios vivo. La Iglesia no prohíbe tal prolongación del viaje evangélico y respeta la fe popular en la incautación de todos los almacenes de juguetes por los Reyes de Oriente. Pero, en cambio, el hijo de la portera, el tullido de San Rafael y hasta el niño poderoso que pidió y obtuvo el tren eléctrico, saben que sus juguetes están en la misma línea que el oro, el incienso y la mirra divinos, si bien con las naturales diferencias de jerarquía entre todos ellos—iguales todos ellos—y Jesucristo, único y distinto. El P. Andrés Manjón recomendaba a sus maestros en las hojas del Ave-María para el día 6 de enero, que vieses en cada niño un Cristo. No es mala cosa que en el estruendo infantil de la mañana de Epifanía, los niños, regados por los egregios camelleros, celebren la confirmación de un privilegio que los asemeja al Nazareno. Ya se encargarán ellos de crucificarse unos a otros cuando se hagan hombres.

Aunque es un solo evangelista, San Mateo, el que cuenta los viajes y la misión de los Reyes Magos, hay que rastrear la posibilidad de tanta maravilla para nosotros y para nuestros hijos en la cerrada obscuridad de los textos. Guiados por la estrella, que es la anticipación poética y técnicamente casi literal del radar, los Reyes proceden de comarcas que el tiempo ha de integrar en el llamado mundo musulmán. Son los que en la época de la Natividad se llaman «gentiles», al modo romano. Y con tal consideración de monarcas no cristianos cumplen el man-

dato divino de manifestar—Epifanía significa «manifestación»—el Dios y Hombre verdadero a la gentilidad. Pero, ¿quiénes son? ¿En qué reinos equipan su hueste y acuñan su moneda? ¿Qué suerte de afinidad con lo que luego ha de ser el mundo cristiano tienen esos Reyes elegidos para la Adoración?

Esto no ofrece duda. Nuestros hijos pequeños lo saben. Los Reyes son «ya» reyes musulmanes.

No pueden ser otros por la razón geográfica de que el Oriente de que ellos proceden es, respecto a Palestina, un Oriente próximo, nuestro Oriente Medio. Pero, sobre todo, porque sus pueblos, que no han de ser en lo sucesivo necesariamente cristianos, adivinan ya un valor común para enternecerse y prosternarse: el de María Santísima. Fundados en la común adoración a la Virgen María, El Algazel y San Juan Damasceno llegaron a creer que el Islam constituía una especie de confederación de cismáticos cristianos. Nuestro gran arabista don Miguel Asín así lo aseguraba con optimismo no muy compartido por mis maestros, los arabistas del Escorial. Lo cierto es que los católicos árabes tributan una veneración extraordinaria a la Santísima Humanidad de Jesucristo, como el catolicismo maronita por la Virgen del Líbano y el de Palestina por la Virgen del Monte Carmelo. Los coptos egipcios adoran a la Virgen. Se dice que en la Meca anterior a Mahoma, donde se adoraba a Abraham, llegó a venerarse en la Kaaba una imagen de la Virgen con el Niño. El Corán contiene muchas referencias a la Virgen especialmente relativas al nacimiento de Nuestra Señora, a su Anunciación y al milagroso nacimiento de Jesucristo. En el texto sagrado y en la tradición o «sunna» la Inmaculada Concepción de María se aceptó como dogma. Esto explica que los moriscos españoles, durante los años turbulentos del siglo XVI, bautizados a la fuerza y secretamente moros, se acogieran con preferencia a las iglesias puestas bajo la advocación de María Santísima, con lo que suponían quedar algo libres de apostasía. Y así se comprende que los místicos árabes consideren a Cristo como modelo único y que el propio Mahoma considere que cuantas acciones se atribuyan a Jesús y a la Virgen son santas. Finalmente, esto explica la ternura de las mujeres musulmanas en el culto a la Virgen en Siria y en África del Norte, y las visitas que, fuera de las horas de culto, hacen discretamente en las iglesias católicas a «Umna Mariam».

Dentro de la gentilidad, estaban, pues, bien designados los monarcas del viaje regio. ¿Por dónde pudieron llegar a Palestina? Como magos, escrutadores del cielo, filósofos de Zoroastro, los Reyes pueden venir de Persia. «¿Pero es posible todavía ser persa?», pregunta un personaje francés del siglo XIX. Los Reyes Magos son, en tal caso, los únicos persas que quedan vivos, indiferentes a la realidad política del Irak, mucho más indiferentes aún a la realidad económica de las riquezas petrolíferas. Fieles a la paciente eternidad de su camello, ignoran la «nafta», desdeñan la creciente motorización del mundo árabe y no plantean en su viaje problemas territoriales o de inmunidad al fabuloso Estado de Israel.

Hay, sin embargo, en este punto otra extraña anticipación de los hechos históricos que no ofrece dudas en el texto de San Mateo. Los Reyes Magos llegan a Jerusalén sin visado y son acogidos con los honores que corresponden a su rango. Pero Herodes, el hebreo, representa siempre la perfidia. He aquí el texto evangélico: «Entonces Herodes, llamando en secreto a los Magos, se informó de ellos cuidadosamente del tiempo en que se les apareció la estrella; y encaminándolos a Belén, les dijo: «Id e informaos bien del Niño, y cuando le hubiereis hallado, hacédmelo sa-

ber, para que yo también vaya a adorarle». Pero después de la Adoración, los Reyes tuvieron «respuesta en sueños que no volviesen a Herodes y se tornaron a su tierra por otro camino». Lo cual no es todavía un estado de tolerancia árabe con Israel, ni siquiera un armisticio bajo la irrisoria advocación de la O. N. U., pero ya acredita una incontestable frialdad de relaciones y acaso una ruptura en términos diplomáticos.

Hay quien piensa que los Reyes no vienen de Persia y que siguen el camino del Yemen y la costa de Arabia que corresponde al Mar Rojo. Supone Spengler que no sólo en Persia, sino en toda la zona aramea—Asia Menor, Norte de Siria y de Mesopotamia—había magos. Pero se funda la teoría más seriamente en el hecho de que el Imperio romano tuvo cerrado el camino de Persia muchos siglos. Se dice que en aquel tiempo los árabes nabateos habrían apresado y acaso ejecutado a unos reyes que no pudiendo pasar por el frente militar del Eufrates hubieran pretendido penetrar en el desierto sirio desde Babilonia a Damasco por la ruta de Rotba y Ramadi. Buscan, pues, su ruta sin pasar por Damasco, dejando al margen Mesopotamia, sin otro camino posible que el del Yemen. Parece que en toda la antigüedad clásica hubo dos caminos posibles para el gran comercio oriental hacia Siria y Palestina. Un camino, el de los corsarios, que se llamó «ruta del incienso», por los montes interiores y el Negram, detrás del Hedjaz; y otro, el de la costa del Mar Rojo, que pasaba por la Meca. En la época de la Natividad, el primero era el más frecuentado y lo había sido en tiempo de Abraham, como lo demuestra el hecho de que José fuera vendido a una caravana de ismaelitas. Hay quien piensa que la caravana de los Reyes Magos era inequívocamente árabe y fué sorprendida por la estrella milagrosa en su ruta anual de diciembre a la altura de Belén. Pero no se excluye la posibilidad de que estuviese expresamente integrada por príncipes del Yemen, como la de la reina de Saba cuando fue a ver a Salomón.

Lo indudable es que pasaron por el Yemen, fuente única entonces del incienso y la mirra y depósito principal del oro que los traficantes de Arabia llevaban desde Mozambique y Kenia.

Persas puros o árabes de reinos traficantes y acaudalados, nuestros Reyes de la Epifanía llegan por caminos que permanecen abiertos. Yo insisto cuidadosamente con mis hijas pequeñas en estos pormenores geográficos, para mantener su fe, empezando, naturalmente, por robustecer mi propia fe. Pues al menor descuido, sabido es que la estrategia clásica de Downing Street—llámese Balfour o Bevin—embarulla las cosas y plantea una cuestión de fronteras por donde se nos cuele papá Noel. Y en mi casa, no.

Están ellos—Melchor, Gaspar y Baltasar—asistidos por el texto irrefutable del evangelista San Mateo, postrados en el portal de Belén. Siempre he pensado que en la maravillosa recepción del pesebre, con estrellas, ángeles, reyes, pastores y bestias, esa cándida asamblea de todo cuanto en el orbe existe tiene su jerarquización precisa. Pese a la vecindad de la mula rucia, que casi lame a Jesús con su vaho, los Reyes reyes son. Como es cosa justa que sean ellos quienes administran el oro amonedado, las condecoraciones del incienso y la mirra o sacrificio de la conscripción para morir militarmente.

Insisto muy primordialmente en nuestras buenas relaciones con el mundo árabe y ellas apoyan mi argumentación familiar sobre la realidad de los Reyes Magos. Con pueblos fundados sobre la júbilosa certidumbre infantil de que la caravana llega, no se habría dado en la Historia el hecho afrentoso de que la mula suelte su coz, vuelque el pesebre y ofenda juntos a Cristo y al Rey.

Pero, en fin, abiertos están los caminos.

ILUSTRACION DE TAULER